

Ignacio de Loyola, estudiante universitario

*Jesús M. Sariego, sj**

...“Ignacio fue uno de los buenos estudiantes, y el más diligente de todos en su curso, y creo que de muchos otros”.¹

Si en su adolescencia espiritual, Ignacio fue tratado por Dios, - al decir de él mismo -“*de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole*”²-, en su camino hacia la madurez, Ignacio hubo de crecer interiormente desde la experiencia de estudiante universitario. Un largo recorrido de catorce años que condujo al *Peregrino* a través de aulas, exámenes y residencias universitarias a la maduración de sus primeros deseos. Fue un itinerario consagrado prioritariamente al callado estudio de materias abstractas y especulativas, pese al temperamento vivencial y emotivo de Ignacio. De Barcelona hasta Venecia, desde los rudimentos en la gramática latina hasta la erudición de la teología positiva, de marzo de 1524 hasta junio de 1537, este trecho de su vida no sólo transformó el mundo de los saberes de Ignacio, sino que además se convirtió en paradigma para la formación de jesuitas y de sus alumnos en las muchas instituciones educativas que pronto pondrían en marcha.

Por la vida de Ignacio cruzaron no pocas de las experiencias de los jóvenes universitarios de hoy: la falta de recursos económicos, la frustración de acceder a la Universidad sin pre-saberes sólidos, la aridez del estudio, el fracaso escolar, la contestación y la persecución social y hasta eclesial. Pero sus días de estudio también conocieron la satisfacción del deber cumplido, la alegría del compañerismo y la certeza de descubrir las verdades ocultas sobre la vida y la historia.

* Jesuita. Pertenece al consejo de redacción de Diakonia. Colaborador con este número.

¹ Láinez. Epistola de S. Ignatio II, 23

² *Autobiografía*, Introducción, texto y notas por el P. Cándido de Dalmases, en *Obras completas*, BAC, Madrid, 1997, pág 27. En adelante se citará como Aut.

Después de haber atravesado esta parte de su vida, Ignacio y su mirada sobre el mundo ya nunca volvieron a ser los mismos.

Estas páginas se escribieron pensando justamente en tantos jóvenes, ellos y ellas, que hoy siguen poblando las aulas de las instituciones universitarias de la Compañía y que, aunque con menos edad que *El Peregrino*, de uno u otro modo, enfrentan la apremiante necesidad de dar significado a sus vidas, fidelidad a sus ideales y contenido a sus sueños. Algunos osan incluso plantearse las preguntas que acompañaron a Ignacio en aquellos años. Son reflexiones de algún modo extensibles a quienes desempeñan el noble oficio de acompañarles desde la docencia o la investigación.

1. Lo primero, las motivaciones de un proyecto de vida

La pedagogía actual nos recuerda que el éxito de la vida académica universitaria en buena medida depende de una motivación clara, definida y acorde con los principios y capacidades de quien estudia. Cuando esa motivación forma parte central del proyecto de vida de la persona, aunque existan serios obstáculos, resulta más alcanzable el éxito en los estudios. Por el contrario, muchos de los fracasos en la vida universitaria tienen su origen, no tanto en incapacidades del estudiante, sino en la falta de claridad vocacional previa. Por desgracia, son frecuentes en las aulas los estudiantes fracasados por una mala opción vocacional en el inicio de sus estudios.

El factor original que va a poner en marcha la vida académica de Ignacio no fue otro que el proyecto de vida esbozado desde los días de Manresa: quería seguir a Jesús ayudando a los hombres y mujeres de su tiempo. Todo un programa de vida: *gastar su vida en provecho de las ánimas* (Aut. 85). Le parecía a Ignacio que ese era el camino que le permitiría, por una parte, ser fiel al llamado interior de Dios que experimentaba, y por otra, alcanzar su mayor felicidad. Ese horizonte primero puso en marcha al *Peregrino* desde la soledad de Manresa hasta el encuentro con sus contemporáneos. Ya no viviría como aquel solitario que se dejaba crecer sus cabellos y huía de la convivencia a la soledad de su silencio, sino que comenzaría a frecuentar personas y hablar con ellas de *las cosas de Dios* que había experimentado en su

fecunda soledad. Más aún, su sueño era repetir la misma experiencia de los apóstoles: sentir el envío del Señor como ellos lo sintieron, y poder recorrer la Tierra Santa.

En un primer tiempo, el modelo de seguimiento de Jesús que Ignacio trató de poner en práctica tenía mucho de “mimético”. Eran los deseos que le acompañaban desde los días de la conversión en Loyola y cuyo horizonte último suponía vivir en la misma tierra de Jesús. Se trataba a toda costa de un seguimiento presencial y directo, *“porque todo lo que deseaba luego que sanase era la ida de Hierusalén”* (Aut. 8,9, 12, 16, 34, 36, 40, 42, 43), ser discípulo allí mismo donde Jesús había convocado a los primeros apóstoles. Ignacio buscaba al Jesús histórico, el de las coordenadas espacio-temporales, recorriendo con reverencia sus mismas huellas.

Pero en una segunda época, en el viaje a Tierra Santa, este modelo de seguimiento “mimético” se transforma en “apostólico”. Tras el conflicto con el Custodio franciscano de Tierra Santa, Ignacio entendió que no era la voluntad de Dios que él permaneciese en Jerusalén. Para el peregrino debió ser como salir de la nostalgia de los primeros discípulos, *los varones galileos que permanecían mirando al cielo*³ y a los que se les invitó a asumir los retos del Reino donde les encontraría el Cristo de la historia. Se le invitaba a un seguimiento realista y que demandaba poner en marcha medios tan concretos como los estudios.

Por eso en todo el viaje de regreso y en el paso por Venecia debió meditar pausadamente sobre lo vivido y después de discernir, llegó a una conclusión:

*...“Después que el dicho pelegrino entendió que era voluntad de Dios que no estuviese en Hierusalem, siempre vino consigo pensando quid agendum, y al fin se inclinaba más a estudiar algún tiempo para poder ayudar a las ánimas, y se determinaba ir a Barcelona”*⁴.

En este breve texto compendia el relato de la Autobiografía todo el proceso interior que tal vez acompañaba a Ignacio ya desde antes: para poder ser apóstol en aquel tiempo era necesario prepararse. En ese *quid*

³ Hechos 1, 11.

⁴ Autobiografía, 50

agendum ¿cómo no escuchar la resonancia actualizada al momento de aquel “qué debo hacer por Cristo” del final de la primera semana de los Ejercicios espirituales?.

Esta convicción madurada en el viaje de Jafa a Barcelona, debió producir en el Peregrino una honda transformación interior. El camino que tenía ahora por delante pedía aplicar las mediaciones humanas para poder servir y ayudar a las ánimas. Sin duda militaban contra esta determinación la edad ya avanzada para comenzar sus estudios como, sobre todo, las ansias que experimentaba de dedicarse ya plenamente al trabajo apostólico directo. Pero Ignacio vio claramente que esa era la voluntad de Dios y así se lo comunicó a su amiga Isabel Roser a su llegada a Barcelona (Aut.54).

Bien entendido que los estudios en la vida de Ignacio siempre ocuparán un lugar de medio, no de fin. Ignacio va haciendo más firme esa convicción al observar que la ausencia de los mismos le impedían, *-le tapaban la puerta*⁵ - poner en práctica su vida apostólica, el servicio de las almas. Hay que tener en cuenta que en la época de Ignacio, la condición de *"laico"* era poco compatible con ciertas formas de apostolado eclesial y para hablar de Dios había que estudiar las ciencias sagradas y éstas estaban fundamentalmente reservadas a quienes se preparaban a ejercer el sacerdocio.

Con todo, no es claro que para esta época de su vida, Ignacio tuviera una opción clara por el sacerdocio. Más parece que lo que a Ignacio lo que realmente le movía era dar los Ejercicios. Pero quienes le criticaban le confrontaban con la Teología y la tradición de la Iglesia. Era necesario poder confrontar esa experiencia vivencial con el “depósito de la fe”. Como dirá el P. Nadal *“necesitaba conocimientos científicos para poder enseñar con más facilidad y más seguridad, incluso para poder presentarse con autoridad eclesiástica, pues ésta viene dada sólo a aquel que ha estudiado”*⁶.

⁵ En procesos posteriores, la razón que da Ignacio para cambiar de residencia es que *"le tapaban la puerta para aprovechar a las ánimas no le dando causa ninguna sino porque no había estudiado"* (Autobiografía 63); *"sin condenarle en ninguna cosa, le cerraban la boca para que no ayudase a los prójimos en lo que pudiese"* (Autobiografía 70).

⁶ Cfr. NADAL, *Fontes Narrativi*, II, 195-197].

2. Disciplina y estructura académicas

Dinamizado por sus propias convicciones, Ignacio emprenderá un largo camino en sus estudios pese a que cuando llegó a Barcelona de su viaje a Tierra Santa contaba ya con 32 años. Lo primero sería poner las bases en el mundo de la comprensión textual y de la expresión en la Gramática latina. Aunque tal vez Ignacio conocía algunos rudimentos de la lengua de Cicerón desde los años de Arévalo y Valladolid⁷, sin duda no eran los requeridos para acceder a la enseñanza universitaria, puesto que sin su dominio, resultaba imposible asistir a las aulas y manejar los textos básicos de estudio.

Gracias al apoyo de su antigua benefactora, la familia de Inés Pascual, Ignacio pudo ser alumno del Maestro Jerónimo Ardévol, un Bachiller en Artes que había instalado una pequeña escuela en el *Carrer la Boria*, N° 3 no lejos de la casa de Inés Pascual. El Maestro Ardévol era a su vez discípulo de Martín de Ibarra, el más notable y famoso latinista de aquella Barcelona que aún no gozaba de una institución universitaria. Según la normativa vigente, los libros básicos de texto debían ser las *Institutiones latinae* de Antonio de Nebrija y el *Doctrinale puerorum* de Alejandro de Villedieu⁸. En todo caso se trataba de familiarizar al estudiante con las normas de la gramática latina, a través del aprendizaje en la traducción, composición y expresión oral. Para Ignacio eran los monótonos días de “*decorar*”, es decir repetir y memorizar en solitario los estribillos del coro tratando de aprender declinaciones, conjugaciones y hasta la memorización de algunos hexámetros de Virgilio... Era casi imposible para él no distraerse con el recuerdo de las grandes gracias de Manresa que venían al recuerdo⁹.

Sea como fuere, al cabo de dos años fecundos de esfuerzos y aprendizajes, el Maestro Ardévol consideró que el alumno ya estaba listo para el paso siguiente: el estudio de las *Artes*, (la Filosofía) en Alcalá.

⁷ Vid. FERNÁNDEZ MARTÍN, Luis. “Iñigo de Loyola en Arévalo y Valladolid (1506-15517)” en GARCÍA VELASCO, J. I. (Ed.) *San Ignacio y la Provincia jesuítica de Castilla*, León, 1991. págs 63-80.

⁸ Según las biografías ignacianas de Ribadeneira y Polanco, Ignacio tuvo además en esta época algún acercamiento a la lectura del *Enchiridion* de Erasmo de Róterdam.

⁹ “Y comenzando a decorar, tenía tanta devoción y consolación, que no podía valerse” Nadal. FN. II, 154.

Ignacio, por más seguridad, quiso pasar por un examen de un Doctor en Teología quien dio el visto bueno al alumno. Consideraba ya desde entonces que el manejo de la lectura y escritura en las lenguas clásicas debía ser el firme fundamento de toda la arquitectura intelectual, como posteriormente quedará expresado en la *Ratio Studiorum*:

...“Todos procuren leer bien y escribir y en especial se hagan buenos latinos, y podrán darse al griego y al hebreo”¹⁰

Ignacio salió de Barcelona en Marzo de 1526 con rumbo a Alcalá, sede de la Universidad fundada por Jiménez de Cisneros marcada por el estilo renacentista bien opuesto a las tradiciones medievales. Ignacio permaneció en Alcalá solamente hasta Julio de 1527. Al decir de González de Cámara, durante estos meses Ignacio “estudió en Alcalá, *Términos de Soto, y Física de Alberto, y el Maestro de las Sentencias*” (Aut.57). Es decir, si esto es verdad, Ignacio, comenzó estudiando materias de Filosofía como la Lógica Minor¹¹, el tratado de Física de Alberto de Sajonia¹², correspondiente a la última parte del estudio de la Filosofía, y el tradicional texto básico de Teología de Pedro Lombardo¹³. Muy probablemente Ignacio no asistió a clases oficiales al menos hasta octubre de 1526, pues como depone uno de los testigos de los procesos de acusación, “no van al estudio, salvo que particularmente los enseñan”¹⁴.

El plan de estudios por el que Ignacio optó en Alcalá era ambicioso y muy probablemente movido por el deseo de avanzar rápidamente en ellos. Se trataba de materias de contenido muy abstracto y de orientación muy diversa. Al querer abarcar demasiado probablemente él mismo sintió la necesidad de dedicarse a otras actividades apostólicas

¹⁰ MHSI, *Regulae S.I.*, Constitut. Colleg. págs 229-230.

¹¹ Probablemente usando un manuscrito del dominico Domingo de Soto usado como texto para el estudio de las “*Summulae*”.

¹² Se refiere seguramente a las *Quaestiones super octo libros Physicorum*, un comentario a la Física de Aristóteles, obra impresa en Venecia en 1516.

¹³ El Maestro de las Sentencias es Pedro Lombardo, autor de *Sententiarum Libri IV*, que desde el siglo XII era el texto fundamental de teología en todas las universidades europeas.

¹⁴ GUTIÉRREZ, Alberto. “San Ignacio y la Universidad”, en *Pastoral Xaveriana*, Bogotá, Vol. 3 Nos. 1 y 2, 1996. pág. 196.

que suavizasen la dureza de un estudio tan disperso y complejo. Pero éstas, como sabemos le implicaron en una serie de procesos y acusaciones que impidieron el avance en el estudio.

La situación en Salamanca fue aún peor¹⁵. Ignacio llegó a la ciudad del Tormes en pleno verano castellano, cuando no se daban clases en la Universidad y salió para París hacia mediados de septiembre e incluso de todo este tiempo tres semanas las pasó en la prisión diocesana en lo alto de la Catedral. Así que, como se ha dicho, "Ignacio pasó por Salamanca, pero Salamanca no pasó por Ignacio".

El balance de estos primeros años de estudio resultaba claramente negativo para *el Peregrino*: tanto en Alcalá como en Salamanca, Ignacio y su primer grupo de compañeros y mujeres que le seguían, habían topado con la prohibición de seguir realizando ciertos trabajos apostólicos y, lo que es peor, los estudios de Ignacio no avanzaban. La Autobiografía no oculta esta sensación de fracaso del *Peregrino* que al llegar a París reconoce que "*se hallaba muy falto de fundamentos*" (Aut. 73). El P. Nadal es aún más claro al hacer un balance de estos años en España: Ignacio necesitaba hacerse una *gran violencia y fuerza* para poder estudiar, por los sentimientos tan encontrados que experimentaba entre la oración y ejercicios espirituales ("*mucho gusto*") y el estudio ("*repugnancia y dificultad*")¹⁶. Nadal pretenderá salvar al fundador distinguiendo entre "el yerro en el modo de proceder de los estudios" y "*el deseo ferviente que tenía de aprovechar al próximo y emplearse en ello, que debemos imitar nosotros*"¹⁷. Ribadeneira es más explícito mostrando los evidentes errores que había cometido Ignacio:

...*"En España por persuasión de algunos que se lo aconsejaron, y por ganar tiempo para más presto ayudar a las ánimas, había confundido el orden de sus estudios, oyendo Lógica, Filosofía y Teología todo en un mismo tiempo; y así queriendo abarcar mucho, apretó poco, y el querer atajar, le fue causa de mucho rodeo y tardanza. Escarmentado, pues, con esta experiencia, se fue poco a poco a París, y ordenó muy bien sus estudios, porque antes de pasar adelante se*

¹⁵ Vid. HERNÁNDEZ, Benigno. "En Salamanca (1527)" en GARCÍA VELASCO, J. I. *op. cit.* Págs 113-126.

¹⁶ MHSI. *Fontes Narrativae*. II, págs. 194-196, N° 12.

¹⁷ MHSI. *Fontes Narrativae* II, pág.196, N° 13.

*reformó bien en la lengua latina, oyendo el Colegio que allí dice de Monte Agudo, de buenos Maestros las Letras Humanas casi dos años*¹⁸

A la salida de la cárcel salmantina, Ignacio vuelve a preguntarse qué habría de hacer (*Autobiografía* 70). Ahora optará por la Universidad de París a donde llega el 2 de febrero de 1528. Según Polanco, el primer motivo para esta opción era “*por poderse más enteramente dar al estudio, no teniendo la lengua francesa para comunicarse con el prójimo*”¹⁹. Y al llegar a París, Ignacio opta claramente por Montaigu, el más serio, metódico y exigente, hasta algo medieval, de todos los Colegios parisinos²⁰, para recomenzar sus estudios. En el Colegio de Montaigu, que buscaba conjugar ciencia y ascesis, Ignacio vio la oportunidad de dedicarse con mayor disciplina a la tarea a sus estudios para salir en búsqueda del tiempo perdido en el aprendizaje de la gramática y retórica.

Si son fidedignos los datos históricos que poseemos sobre los programas de Montaigu, muy probablemente Ignacio cursó en este Colegio, además de la *Gramática* de Donato, el ya conocido *Doctrinale* de Villedieu, estudios sobre el *Organon* aristotélico, y la *Lógica menor*. Dicho en otras palabras, los dos primeros años de París estuvieron consagrados a dotar al ya vetusto estudiante de una armazón y estructura de pensamiento capaces de permitirle abordar las grandes cuestiones filosóficas. Montaigu, por cuyas aulas habían pasado Erasmo, Luis Vives y Calvino, ofrecía disciplina y programa para ello, a diferencia del Colegio de Santa Bárbara que ponía su acento en la formación humanística. Pero además el rigor del horario, las repeticiones diarias, los ejercicios académicos, así como la gradación de las diversas etapas de aprendizaje (*rudiores, provectiores, mayores*) hacía más seguro el método para quien requería disciplina y constancia en los estudios.

Probablemente esa primera experiencia pedagógica de Montaigu produjo en Ignacio un atractivo permanente a favor del estilo pedagógico de París (*el modus parisiensis*) por el que después optará tanto él al diseñar la formación de los jesuitas (en la Parte IV de las *Constituciones*),

¹⁸ RIBADENEIRA, P. Vida de San Ignacio de Loyola, II, 1.

¹⁹ MHSI. Fontes Narrativae I, 177.

²⁰ GARCÍA-VILLOSLADA, R. *San Ignacio de Loyola. Nueva biografía*, BAC, Madrid, 1986, pág. 304.

como éstos al pensar la pedagogía de sus centros educativos de la Compañía (en la *Ratio Studiorum*). Era evidente que con este método,- por cierto muy parecido al de los Ejercicios Espirituales en lo que tenía de activo y personalizante,- el alumno avanzaba con mayor rapidez y seguridad que en el sistema de clases magistrales tan propio de las Universidades españolas que Ignacio algo conoció.

Como resultado conjunto de su nuevo interés por los estudios, la metodología efectiva y la disminución de sus tareas apostólicas, en dos años Ignacio estuvo listo para comenzar sus estudios de Filosofía o, como se la llamaba entonces, *Artes*, en la más numerosa de las Facultades de la Universidad parisina, a partir del 1 de Octubre de 1529. Tal y como establecía la normativa de la Facultad de Artes, Ignacio se inscribió bajo la dirección del Maestro Juan de la Peña, el mismo que ya era tutor de Francisco Javier y Pedro Fabro. Para esta nueva etapa en la que ya Ignacio poseía una mayor disciplina de estudio, optó por el Colegio de Santa Bárbara, con mayor apertura que el de Montaigu en el campo de las ideas sociales y morales.

El plan de estudio en Artes establecía una duración de tres años y medio para la obtención de la Licenciatura. Los *Artistas* dedicaban el primero a la Lógica menor (los *Summulistae*), el segundo a la Lógica aristotélica (Los *Logici*) y el tercero a la Física y Metafísica (Los *Physisci*). Así que Ignacio debió dedicar todo el primer año 1529-30, al estudio del conocido texto de Lógica de Pedro Hispano, las *Summulae*. De 1530 al 31, el tema central de estudio era la Lógica de Aristóteles: la *Ars Vetus*, las *Categorías*, el *Peri Hermeneias* y la *Logica nova*, así como el *De Anima*. Es decir el tema central del estudio era la Filosofía del Conocimiento y la Psicología filosófica²¹.

A los textos se accedía a través de comentarios de algunos de los más famosos maestros de París. Una vez concluidos los estudios, venía la dura labor de los exámenes. Pero en París, ya desde los tiempos de la dialéctica de Abelardo, los exámenes consistían fundamentalmente en *disputar*, es decir sostener una tesis o atacar la del contrincante

²¹ LARRAÑAGA, V. "Los estudios superiores de San Ignacio en París, Bolonia y Venecia", *Razón y Fe*, 153, Madrid, 1956, págs 221-242.

apoyándose en poderosos argumentos racionales. Un modelo más creativo que la simple repetición de lo memorizado que se utilizaba en los días del estudio de la Gramática. La disputa buscaba producir creatividad a través de agilidad dialéctica, claridad y síntesis.

Para la Cuaresma del año 1532 Ignacio ya había obtenido el Bachillerato en Artes²² y se preparaba para la Licenciatura. El tercer año de Artes estaba dedicado a la Física, Metafísica y Ética de Aristóteles, además de algunas breves nociones sobre Cosmografía. El examen último lo presentó Ignacio en la iglesia Santa Genoveva y nos consta que lo realizó exitosamente el 13 de marzo de 1533 ocupando la 30ª posición entre 90 examinados²³. Pero la humilde discreción del Peregrino le aconsejó no anunciar públicamente su nuevo status excepto a su benefactora barcelonesa Isabel Roser y eso por la necesidad de hacer frente a los obligados gastos de la graduación.

...“Por subir mi estudio más de lo que hasta ahora ha seido, porque esta Cuaresma me hize Maestro, donde gasté en cosas inexcusables más de lo que pedía mi auctoridad, y podía: así he quedado muy alcansado”²⁴.

En realidad, Ignacio no era Maestro, sino Licenciado; para ser Maestro se necesitaba hacer un nuevo pago para cubrir las costas de la ceremonia, pero no cursar más materias. Ignacio esperó un año para ello hasta 1535, cuando Ignacio contaba ya con 44 años.

Al mismo tiempo, ya desde Octubre de 1533 había comenzado los estudios de Teología. Optó para ello por el Colegio dominico de Saint Jacques donde se explicaba la más pura teología tomista. Pero los problemas de su salud le impidieron continuar en los estudios y así, bajo el consejo de médicos y compañeros, optó por interrumpir su vida académica a fines del año académico de 1535 y adelantar un viaje a España que desde algún tiempo tenía en mente. Sería como su despedida oficial de su tierra natal antes de emprender el viaje a Tierra Santa que, junto con sus compañeros, había prometido hacer desde Italia donde todos se reunirían una vez concluidos sus estudios.

²² Utilizando una tradición de origen portugués se llamaba a este examen “tomar la piedra” (*Autobiografía*, 84)

²³ Adviértase que años antes, Francisco Javier había obtenido el 22º lugar y Fabro el 24º.

²⁴ MHSI. *Ignatii Epistolae*, I, 90-92.

Realizado el viaje a España, Ignacio viajó a Italia. El plan era concluir los estudios de Teología en la Universidad de Bolonia, antes de solicitar la ordenación sacerdotal. Pero las dificultades económicas y los persistentes problemas de salud aconsejaron al Peregrino establecerse en Venecia a donde llegó a finales de 1535.

En esta etapa de Venecia, Ignacio optó por un dedicarse a un tiempo de estudio más personal, menos académico, gozando de la hospitalidad que le ofreció Andrés Lipomani en el Priorato de la Santísima Trinidad, un lugar “*más a mi propósito*”²⁵ donde pensaba entregarse a la lectura especialmente de los Santos Padres y de la historia de la Teología. Mientras esperaba la llegada de los compañeros a Italia, Ignacio planeaba así complementar sus estudios escolásticos de Saint Jacques con algunas materias de teología “positiva” en las que tal vez ya había comenzado a avanzar en el convento de los Franciscanos en París. La diferencia entre los teólogos escolásticos y positivos radicaba en el diferente énfasis que ponían los segundos (la mayoría de los grandes Padres de la Iglesia) en los afectos, sentimientos y en el conocimiento bíblico), mientras que los primeros subrayaban el estudio racional de los textos conciliares, cánones y constituciones dogmáticas.

Venecia, uno de los grandes focos de la reforma católica en Italia, fue el epílogo de la vida académica de Ignacio, tiempo de asimilación personal de todo lo aprendido desde los días de Barcelona, de síntesis propia posterior al estudio de los grandes pensadores de la Filosofía y Teología. Por eso más que optar por asistir a clases, prefirió durante un año y tres meses la soledad y el uso de la biblioteca personal del abad de La Trinidad, *hombre muy docto y bueno*, además de su asesoría técnica frente a las grandes cuestiones teológicas sobre las que deseaba alcanzar una mayor claridad. Al fin en enero de 1537, los estudiantes de París, tras no pocas peripecias, se encontraron con Ignacio y todos se dispusieron a organizar el prometido viaje a Tierra Santa que nunca llegaría a realizarse²⁶.

²⁵ Carta a Jaime Cassador, 12 febrero 1536. MHSI. *Ignatii Eppistolae*, I. 93-94.

²⁶ ITURRIOZ, J. “Ignacio de Loyola, universitario”, en CARO BAROJA, J. – BERISTAIN, A. *Ignacio de Loyola, Magister Artium en París 1528-1535*. Guipúzcoa Donosita Kutxa, S. Sebastián 1991, págs.380-404.

Acercamiento a la comprensión oral y escrita de los textos clásicos en Barcelona, orden y estructura en los años de Montaigne, profundización escolástica en Santa Bárbara, tiempo de asimilación y síntesis personal en Venecia: he ahí el largo itinerario intelectual de Ignacio durante estos catorce años. A lo largo de todo este itinerario, Ignacio fue comprendiendo que no bastaba con su ardiente deseo de estudiar. Necesitaba además de un serio ritmo de disciplina y estructura personal para hacer realidad su deseo.

3. La integración armónica de la persona

Pero la etapa de estudios de Ignacio no fue sólo tiempo de aprendizaje y memorización de contenidos intelectuales. Junto a la labor académica, algo más hondo tuvo lugar: Ignacio fue poco a poco aprendiendo, desde éxitos y fracasos, a integrar en él los muchos deseos que le acompañaban desde los días de la conversión. Deseos que muchas veces producían en él un conflicto. Y es que toda la etapa de estudios fue para Ignacio, como para muchos jóvenes universitarios de hoy, un tiempo de *reacomodo* de los deseos, de manera que los compromisos que de ellos brotan puedan llegar a construir en la persona un todo armónico y sustentable. Formarse es adquirir esa estructura interna que sin negar los valores profundos del proyecto personal, sea capaz de adecuarlos con el principio de realidad. Fue un aprendizaje que sólo la experiencia de la vida le pudo enseñar, contrastándola a la luz del Espíritu con los principios evangélicos. He ahí una tarea compleja que nuestro Peregrino tuvo que llevar adelante en medio de intensos procesos de discernimiento.

Al interior de Ignacio luchaban distintos anhelos. De una parte la necesidad de estudiar con seriedad, disciplina y firmeza; de otra, el realizarlo con medios pobres y sin abandonar la constancia de su oración ni la conversación y el trato espiritual con muchas personas. Jerónimo Nadal resume bien este abigarrado mundo de conflictos interiores en los años de estudio del *Peregrino*:

...“Tuvieron los estudios de nuestro Padre tres dificultades: la primera, suma pobreza... La otra dificultad fue la poca salud, porque con las penitencias se le había dañado el estómago. La otra dificultad fue la devoción que cuando estaba estudiando y oyendo, le ocurrían nuevas devociones y conceptos que le distraían

*de los estudios; con todo eso, estudió tan bien sus Facultades, que a nosotros nos maravillaba cuando tratábamos delante de él alguna dificultad; y dixo un doctor, persona señalada admirándose de nuestro Padre, que no había visto quien con tanto señorío y majestad hablase materias teológicas*²⁷.

Sin contar con la dificultad de la edad avanzada y la distancia de la propia tierra, podríamos decir que Ignacio tuvo que integrar al menos cuatro elementos: el tiempo dedicado a los estudios, la vida interior de oración, los ayunos y penitencias y la vida apostólica.

Al inicio de su vida de estudiante, Ignacio trató de mantener el sistema de vida de pobreza al que se había acostumbrado desde los tiempos de la conversión: vivir de limosnas, incluyendo también la posibilidad de ayudar a otros, si la generosidad de los bienhechores se lo permitía. Después, Ignacio utilizó diversas fórmulas para poder asegurar su sostenimiento mientras estudiaba: las becas estudiantiles, el trabajo personal (en París) medianamente compatible con los estudios y las limosnas. En Barcelona, Isabel Roser, le ofreció su casa y atender a su mantenimiento. En Alcalá, tras unos días de vagabundeo mendicante, el prioste del Hospital de Nuestra Señora de la Misericordia le proporcionó *'de comer y beber, candela y cama'*. Con limosnas eventuales pudo hacerse con los libros necesarios que cargaría en un asnillo cuando se fue a París. Hasta se alquiló una habitación en los últimos meses, porque el ajetreo del hospital no le deparaba el mejor ambiente para sus estudios²⁸.

Pero en París, como ya hemos visto, Ignacio consideró que sus estudios requerían una mayor atención y que para ello, muchas de sus prácticas de pobreza le estorbaban. Por eso, necesitó hacer correctivos a su viejo modelo de pobreza. Ahora su ideal sería lograr alojarse en un Colegio universitario para encontrar las mejores condiciones para el estudio. En vez de mendigar diariamente su sustento, pasó a recoger dinero en los tiempos de vacaciones, en Flandes e Inglaterra (Aut.76 y 77) para disponer así de un tiempo no interrumpido dedicado al estudio. Ignacio ya no se abandonó únicamente a la providencia, como durante

²⁷ MHSI. Fontes Narrativae, II, 198. Pláticas Complutenses.

²⁸ GRANERO, J. M., "La pobreza ignaciana", Manresa, 40 [1968] pág. 153.

la peregrinación a Tierra Santa, sino que también puso en juego el cálculo humano y el planeamiento. Incluso su costumbre de ayudar de lo que le sobraba a los más pobres adquirió desde ahora, una nota planificadora: serviría, sobre todo para hacerse amigos y encontrar compañeros.

No obstante, en su estilo personal de vida Ignacio se mantuvo tan pobre como hasta ahora. Su ideal del seguimiento de Cristo seguía siendo válido para él. Las modificaciones tocaban sólo un ámbito estrictamente delimitado: los estudios. Un último dato: siempre era característico en Ignacio su sincero agradecimiento a los bienhechores, porque le hacían posible 'vivir en pobreza'²⁹. Ignacio continuó entendiendo la pobreza como no-posesión y como una vida personalmente sencilla y sin pretensiones y no consideró como una pérdida parcial de la pobreza el tomar en servicio el dinero para la meta de los estudios.³⁰

Ignacio, con el consejo de sus compañeros fue también poco a poco aprendiendo a respetar las exigencias de su propio cuerpo. En su vida de converso, Ignacio apenas había puesto atención a las enfermedades; pero en el tiempo de París las molestias digestivas iban en aumento y le impedían cada vez más dedicarse al estudio. Sus frecuentes dolores abdominales, que él explicaba como problemas del estómago, no eran sino el indicio de una litiasis biliar bastante avanzada que sólo la autopsia tras su muerte revelaría. Como bien ha observado el Doctor Marañón³¹, fenómeno seguramente insospechado para el cuerpo de un tan fervoroso ayunador como Ignacio!. Pero Ignacio aceptó al fin que era necesario hacer una interrupción en sus estudios y por eso decidió partir para España buscando "*el aire natal*" (Aut. 85).

También en las prácticas de su vida interior Ignacio experimentó un proceso de maduración hacia la integración. A lo largo de los estudios, Ignacio fue desplazando el centro de su vida espiritual y trasladándolo de las largas prácticas de oración al trabajo seco y serio

²⁹ MHSI. *Fontes Narrativae*, III, pág. 198; MHSI, *Eppistolae Ignatii*, I, 84-85.

³⁰ SWITEK, G. "Praedicare in paupertate": estudios sobre el concepto de pobreza según Ignacio de Loyola, CIS, Roma. 1972, págs.79-80).

³¹ MARAÑÓN, Gregorio. "Notas sobre la vida y la muerte de San Ignacio", *Archivum Historicum Societatis Iesu*, Roma, 25 (1950), pág. 150.

de los estudios y a un hábito de oración casi continua, pero difusa, que buscaba y hallaba a Dios suavemente en todas las cosas. Mantuvo, eso sí, ciertos hábitos regulares de piedad, que son poco o más o menos, los mismos que recomendaba al círculo de sus amigos y más tarde a los estudiantes de la Compañía.

Los testimonios de la Autobiografía y de los mismos contemporáneos muestran que, aunque ignoramos cuál fue en concreto su método y grado de oración por este tiempo, ciertamente disminuyeron las gracias y carismas superiores, de que había gozado antes y después gozará. A pesar de todo, mantuvo su vida espiritual en una elevada devoción, como los demuestran las pocas cartas que se conservan de esta época, la culminación suprema de Montmartre en su último año de París y la facilidad con que reanudó enseguida su vida rudamente ascética y estrictamente mística.

Tal vez la misma sequedad de los estudios le llevó a entender que el centro de su relación con Dios, más que en alturas místicas debía buscarlo en vivir con pureza de intención el trabajo que ahora le ocupaba. Más que en elevadas gracias místicas, su atención debía ponerse en la entrega dedicada al trabajo intelectual. Esto mismo aconsejaría años más tarde el propio Ignacio al P. Bartolomé Hernández, responsable de una casa de estudiantes jesuitas en Salamanca:

...“En tiempo de estudios, que no poco trabajo espiritual suelen dar, es de creer que a veces suspende la divina sapiencia semejantes visitaciones sensibles, porque aunque mucho guste dellas el ánimo, debilitase a veces el cuerpo demasiado con ellas. Y también, de suyo, la ocupación del entendimiento en cosas escolásticas suele traer alguna sequedad en los afectos interiores. Pero cuando el estudio puramente es ordenado al divino servicio, es harto buena devoción”³²...

Los trabajos apostólicos de Ignacio experimentaron también un importante cambio a lo largo de su etapa académica. Nos consta que en los días de Barcelona no pocas personas le visitaban para mantener con él *conversaciones espirituales*. Se dedicaba a dar catequesis a los niños

³² MHSI. Eppistolae Ignatii VII, 270.

de la calle y, sobre todo, trató de reformar algunos conventos de religiosas de clausura.

En Alcalá Ignacio "*se ejercitaba en dar ejercicios espirituales y en declarar la doctrina cristiana*" (Aut. 57), lo que probablemente ya había hecho en Barcelona. Aquí ya la actividad no se reducía a conversaciones con particulares, sino que se trataba de sermones y pláticas en público sobre los mandamientos y la vida cristiana. Un nutrido grupo de oyentes escuchaba a Ignacio y a su compañero Calixto, en el Hospital de Antezana o "*en casa de Andrés el panadero*". A veces las charlas versaban sobre el pecado mortal, las potencias del alma y las virtudes. Se les aconsejaba a los oyentes practicar asiduamente el examen de conciencia y la confesión. Viudas, algunos hombres sencillos y sus esposas, sirvientes, muchachas jóvenes, estudiantes y hasta algunos frailes acudían a escuchar al Peregrino. El grupo iba creciendo hasta que "*llegó la cosa hasta Toledo a los Inquisidores*" (Aut. 58).

En el breve tiempo pasado en Salamanca, Ignacio no abandonó sus prácticas de predicación; más aún, en el convento de San Esteban donde había sido retenido con sus compañero Calixto, "*cuasi siempre estaba llena su cámara de frailes, que venían a velles; y el peregrino siempre hablaba de lo que solía*" (Aut. 66).

Pero en París, toda esa pasión apostólica de Ignacio va a experimentar un cambio. Y este cambio obedece sin duda a una decisión del propio Ignacio de reducir sus trabajos apostólicos. Los procesos de Alcalá y Salamanca habían mostrado que para poder hacer algún fruto duradero y estable en la predicación era necesario adquirir mayores conocimientos en los asuntos de la fe. Y esto demandaba dejar un tiempo de lado la vida de apostolado para dedicarse plenamente al estudio. El mismo Polanco apunta que una de las razones que movieron a Ignacio a optar por la Universidad de París era "*por poderse más enteramente dar al estudio, no teniendo la lengua francesa para comunicarse al prójimo*³³". Al mismo Doctor Frago que se sorprendía de que estuviese "tan tranquilo", Ignacio no dudó en responderle: "*La cosa es porque yo no hablo con nadie de las cosas de Dios; pero, terminado el curso, volveremos a lo de siempre*" (Aut. 82).

³³ MHSI. Fontes Narrativae, II. 177.

Al menos a partir de sus estudios de Filosofía, Ignacio va a limitar sus ocupaciones apostólicas hasta reducirlas normalmente a las conversaciones ocasionales sobre cosas del espíritu y a mantener y cultivar los compañeros ya ganados. Ya no hay trabajos apostólicos dirigidos a “las masas”, sino una labor callada y discreta por acompañar procesos personales especialmente de estudiantes y profesores. Diríamos que en París y más tarde en Venecia, Ignacio opta por los Ejercicios Espirituales como instrumento apostólico prioritario, convencido de que los cambios estructurales comienzan al interior de la persona, como él mismo había podido observar en su propia experiencia.

El viaje a Loyola y España fue un tiempo de poner en práctica muchas de las convicciones adquiridas en los años de estudios. Buscó reformar costumbres en el pueblo inculcando algunas normas morales y costumbres piadosas (Aut.87-90), pero a la vez mantuvo una discreta distancia hacia sus familiares de Azpeitia que se esforzarán por hacerle desistir de sus propósitos. Pese al esfuerzo de Ignacio por pasar desapercibido en su ambiente familiar, debieron ser días difíciles para quien se reencontraba con un pasado lleno de recuerdos y, sin duda, nostalgias y vacíos de su juventud. Tal vez por eso Ignacio, una vez que se repuso de una pasajera enfermedad, se dispuso a partir para visitar a los familiares de sus compañeros y embarcarse hacia Italia.

El segundo mensaje del universitario Ignacio consiste pues en la importancia de la integración armónica como condición para el crecimiento de la persona. Para Ignacio, estudiar fue también “estudiarse” hasta descubrir lo que realmente era un obstáculo para poder crecer como persona y como creyente. Integrar es aprendizaje, disciplina, maduración en las opciones personales sin renunciar a ellas, respeto a las exigencias del cuerpo, capacidad de asumir el pasado y encuentro permanente con la realidad. Una ardua labor de artesanía personal que a base de diversos éxitos y experiencias fallidas conduce poco a poco a la persona a un adecuado equilibrio. Si la primera etapa de la conversión hizo vibrar a Ignacio con los grandes sueños de imitar a Jesús, este tiempo de los estudios le enseñó a poderlo hacer respetando la compleja dinámica de su propia persona.

De todos estos aprendizajes en el camino de la integración de la persona, nacerían después las principales pautas legislativas que

Ignacio dejó consignadas para los futuros estudiantes jesuitas. Ignacio les insistirá en que en los estudios no se avance indiscretamente hacia las disciplinas superiores sin haberse afianzado en las precedentes. Se opondrá a ejercicios de penitencia o devoción que quitan tiempo y energía para los estudios. Recomendará que los estudiantes dejen otras ocupaciones o de ministerios con los prójimos o de tareas y oficios domésticos. Encargará a sus Superiores que los estudiantes no padezcan necesidad y ni se vean obligados a mendigar el sustento. A la vez, pedirá al joven jesuita en etapa de estudios que no se entregue con exceso al estudio, de forma que padezca la salud y se impida finalmente lo que con el estudio se va buscando, pidiéndole que mantenga siempre la convicción de que el estudio para él no es un fin, sino un medio para mejor servir a Dios, y, por tanto, no deberá ser un estorbo para la virtud necesaria de un futuro apóstol³⁴.

4. El aprendizaje en la amistad solidaria

El tiempo de la Universidad siempre ha sido tiempo de relaciones nuevas, más plurales, libres y diversas que la etapa colegial organizada conforme a una disciplina más uniforme. Es frecuente que en esos años en que la inteligencia avanza hacia nuevos conocimientos, la relación afectiva y los vínculos de compañerismo se expresen también en nuevas experiencias de amistad. Y es que los grandes ideales de la etapa juvenil, por su honestidad y limpieza, suelen congregarse.

Mucho de eso se dio en la vida del universitario Ignacio. Hay que recordar que en un comienzo, la primera conversión de Loyola le había convertido en un hombre solitario. Huiría en clandestinidad de Loyola, viajaría en el anonimato y se aislaría en la soledad de la cueva Manresa. Hasta en el viaje a Tierra Santa se comporta como apartándose de los demás, pues *“aunque se le ofrecían algunas compañías, no quiso ir sino solo; que toda su cosa era tener a solo Dios por refugio”* (Aut. 35). Pero sabemos que las grandes experiencias de Manresa apuntaban ya en otra dirección, las cuales desde la primera estancia en Barcelona comienzan a

³⁴ Vid. MHSI. *Eppistolae Ignatii*. I, 209; 508, 509, 623, 664, 665; II, 596; III, 269, 502, 503, 508; IV, 8; V, 652; VI, 30; 90, 415; VII, 165, 609; IX, 418, 602, 722; X, 8, 345, 537; XI, 167, 183, 222, 267, 367, 393; XII, 80, 131, 188, 318, 652.

aparecer. El mismo Ignacio así lo deja entrever cuando nos dice al partir para Alcalá que: "*se partió solo, aunque ya tenía algunos compañeros, según creo*"(Aut.56). Polanco también habla de cuatro compañeros³⁵.

En Barcelona tiene lugar la primera tentativa de reunir un grupo de compañeros que se unieran a sus deseos apostólicos. La imitación de los apóstoles, como grupo unido a Cristo, inspirará y modelará, desde ahora, la comunidad ignaciana, tal y como se proponía en las meditaciones del Rey y de las Banderas en los Ejercicios. La idea consciente de "*recoger compañeros*" no será más que la natural evolución ulterior de todo ello. Lo intenta con Calixto, Cáceres y Arteaga. Este grupo le acompañará hasta Alcalá y Salamanca.

En Alcalá el grupo vivía en profunda amistad, haciendo bolsa común. Cuando Calixto cae enfermo de muerte en Segovia, Ignacio lo visita, caminando "*día y noche*"³⁶. El punto de cohesión era el deseo de seguir a Jesús. Calixto visitará a Ignacio cuando sepa que está preso en Alcalá y se quedará con él hasta que Ignacio recurra para que lo dejen libre (Aut.62). Era sin duda un grupo todavía movido por el fervor exagerado que se mostraba incluso en el atuendo llamativo, imagen con que la gente los ubicaba, "*los ensayados*", pero los vínculos de la vida apostólica lo hacían sobrevivir incluso a las persecuciones, críticas y burlas.

Estos primeros conatos de organización grupal estuvieron marcados por la persecución. Ignacio debió recorrer un camino doloroso para poder aprender cómo trabajar en Iglesia sin entrar en conflicto con las estructuras y a la vez sin perder la libertad de hijo de Dios, que le conducía hacia caminos innovadores. Una larga experiencia de vivir en fidelidad y libertad que costó a Ignacio momentos difíciles. Nada menos que tres procesos en Alcalá y uno en Salamanca; procesos que no fueron, como a veces se afirma, de la Inquisición, sino de la diócesis de Toledo a la cual Alcalá pertenecía en aquella época. Posiblemente la causa de los procesos fuera la manera de iniciar a aquellas buenas señoras en la oración, con las sospechas de "iluminismo" que

³⁵ MHSI, *Fontes Narrativae*, I, pág.170, N° 35.

³⁶ MHSI, *Fontes Narrativae*, I, pág.173, N° 38.

abundaban en el momento. Ignacio salió al fin libre de los procesos y salió también libremente de la diócesis porque le parecía que la sentencia le limitaba sin necesidad, su ayuda a las almas.

En Salamanca el problema se repite. Nuevamente Ignacio es recluido en prisión, esta vez por acusación de los frailes dominicos del convento de San Esteban. Ignacio aparece aquí aún más resuelto a encarar las persecuciones que el seguimiento de Cristo le puedan conllevar. En Alcalá, Ignacio pasó cuarenta y dos días en la cárcel (Aut. 62) y en Salamanca tres semanas. Pero *"no había tantos grillos y cadenas que él no deseara más por amor de Dios"* (Aut. 69).

Sin embargo, pese a la profunda mística que les unía, este primer grupo se desintegraría cuando les falte su verdadero líder espiritual. Juan de Arteaga fue Obispo en América y guardó mucho afecto a la Compañía después; Juanico se hizo religioso. Calixto se enriqueció en América y volvió a Salamanca. Cáceres se olvidó de sus primeros propósitos (Aut. 80).

El segundo proyecto de organizar un grupo tiene lugar en París. Al decir de Polanco, cuando Ignacio optó por estudiar en París, precisamente lo hizo *"teniendo por principal intención el coger gente en aquella Universidad en cuya compañía él insistiese en el servicio divino, en el modo que juzgaba sería más conveniente"*³⁷. Una vez solucionados sus problemas económicos con las limosnas de Flandes e Inglaterra, Ignacio pudo dedicarse más al fondo al trabajo de formar un grupo de compañeros: *"empezó más intensamente que solía, a darse a conversaciones espirituales y daba casi en un mismo tiempo ejercicios a tres"* (Aut.77).

En efecto, primero lo intentó con Peralta, Castro y Amador, los tres conquistados gracias a los Ejercicios, que dio simultáneamente a los tres. De ellos salieron con los firmes propósitos de una nueva vida: dar todo a los pobres, hasta los libros de estudio, y pasar a vivir en un hospital, como mendigos. Las sospechas de heterodoxia y agitación entre los compañeros produjo tal reacción entre las autoridades de la Universidad que al fin este segundo intento de reunir un grupo fracasó. Sin embargo Ignacio nunca dejó de establecer amistad y cercanía entre sus compañeros de estudio. Realmente sorprende la capacidad que tenía Ignacio de convocar no sólo a

³⁷ MHSI, Fontes Narrativae, I, 177.

compañeros de estudio sino aún hasta profesores. Estaba dotado de una honda capacidad de escucha y consejo y quienes se acercaban a él experimentaban la paz que les dejaba sus consejos y ayudas. Algo de Dios transmitían sus palabras que la gente frecuentaba a este hombre cuya experiencia espiritual enriquecía a muchos.

Ignacio aprenderá desde la experiencia que se necesitaba un proceso más lento para poder cosechar resultados más duraderos. Por eso la formación del tercer y definitivo grupo será mucho más pausada, respetando el ritmo de la conversión, lento y sin tanto aparato exterior de penitencias y ayunos. Ignacio, con la experiencia de los tres primeros ejercitantes de París (Aut.77) y el escándalo producido por su estilo de vida pobre, tuvo que ejercitar la discreción que le caracterizaba. Comprendió que, no obstante toda la importancia de la radicalidad como actitud interna de conversión, eventualmente tenía que esperar en la ejecución a que llegara la hora oportuna.

En octubre de 1529, a pesar de las amenazas de Gouvea (Aut.78), Ignacio entró en el Colegio de Santa Bárbara *"con el propósito de conservar aquellos que habían propuesto servir al Señor, pero no seguir buscando otros, a fin de poder estudiar más cómodamente"* (Aut.82). Aquí encontrará Ignacio a los compañeros *"elegidos"* por Dios para realizar su obra. Allí comienza a dar los Ejercicios, pero de un modo más individualizado, a algunos de los compañeros que se alojaban con él. Primero fue Fabro en enero de 1534. En la primavera de 1534 los hicieron Laínez y Salmerón; algo después, Bobadilla y Simón Rodríguez. Javier fue el último en septiembre de 1534, después de la promesa de Montmartre.

Alentado con la mística de los Ejercicios, este primer grupo de compañeros logrará establecer un estilo de vida marcado por una honda amistad. Una comunidad donde cada uno daba al otro lo que poseía, según relatará Fabro en su *Memorial*. *"Participando de la misma mesa y de la misma bolsa, terminaron por ser uno en los deseos y en la voluntad y propósitos firmes de elegir una vida similar"*. Era una comunidad apostólica, aunque su celo se expresaba, de momento, sólo en la intensidad de los estudios y en los esfuerzos por conquistar otros compañeros. Vivían la pobreza compartida de sus bienes temporales y se reunían semanalmente para compartir la Eucaristía.

La culminación en París de todo este proceso de amistad será la promesa común de Montmartre el 15 de Agosto de 1534, resultado de la deliberación celebrada en la primavera anterior. Habían decidido ir a Tierra Santa como apóstoles, dedicar aún tres años al estudio de la Teología al regreso y mientras, mantener el estilo de vida en común. Para ello decidieron comprometerse oficialmente en una celebración litúrgica.

Venecia será el lugar de la maduración definitiva de la amistad nacida en París. Allá se reencuentran una vez concluidos los estudios y vinculados por el deseo común de viajar a Tierra Santa o ponerse a las órdenes del Sumo Pontífice. Nadie faltó y todos llegaron antes de lo previsto; incluso tanto el grupo de París como el de Ignacio, habían aumentado su membresía. Era como el inicio de la nueva vida de los "amigos en el Señor" que habían soñado en París. Antes vivían dispersos y se relacionaban a través de sus estudios; el viaje de París a Venecia con sus aventuras y desventuras los unió mucho. Pero sólo en Venecia pueden vivir conforme el deseo experimentado en el proceso de los Ejercicios: amigos en unión de espíritus, en pobreza radical, viviendo y sirviendo en los hospitales, preparándose primero para el sacerdocio y ejerciendo, después, el ministerio recibido, en continuo discernimiento comunitario. Es una segunda Manresa, pero comunitaria y más discernida y acompañada. Así concluía un largo camino hacia la amistad duradera.

Mientras los compañeros salían hacia Roma en Marzo de 1537 (Aut. 95), Ignacio concluía sus estudios en el retiro de Venecia. ¡Cuántas experiencias vividas por *el Peregrino* desde su primera visita a esa misma Venecia cuando, catorce años antes, había decidido con temor comenzar sus estudios!. Aquel viajero pobre, místico y solitario que regresaba fascinado por los recuerdos de la tierra de Jesús, se había convertido ahora en *Magister Artium* por la Universidad de París y afanado lector de Teología patristica. Podía convivir con mayor paz con sus muchos anhelos de imitar a su Maestro y Señor. Había logrado al fin congregar en honda amistad un puñado de hombres dispuestos a anunciar el Evangelio "*entre fieles e infieles*". Años de experiencias que fueron transformando su persona y dejaron para siempre en Ignacio la huella de las vivencias universitarias. Ahora estaba listo para convertirse en un instrumento más apto para un nuevo proyecto que Dios le tenía reservado.